

El misterio de la Navidad

Jesús Díaz Sariego, O.P.
Profesor de Cristología

Presentación

Felicitación desde una fe compartida e invitación a compartir la fe: ¡Amigos, Felicidades!

Una felicitación siempre **intenta recoger las satisfacciones** que se experimentan con motivo de algún acontecimiento. Hoy, en el cielo de nuestra fe, es acontecimiento singular el nacimiento del Hijo de Dios en carne mortal. Mas, si alguno no participara todavía de esa vivencia ardiente en la Navidad, piense en las muchas otras satisfacciones que, en la medida en que vamos haciendo nuestra historia, van anidando en nuestro corazón y merecen ser recordadas. Hagámoslo junto al pesebre de Belén.

Juntemos, pues, en esta felicitación navideña, como hacían nuestros clásicos, la dicha y el deseo de veros a todos felices.

Sería demasiado pretencioso pensar, que por medio de esta felicitación navideña, todos vais a ser más felices. Mas ¿resultará pretencioso recordarnos mutuamente que el solo hecho de vivir, y de vivir con cierta plenitud, sería ya suficiente y gran motivo de felicitación, porque lo es de esperanza, ya que, mientras vivimos podemos ser protagonistas de nuestra propia historia y proceso? Vivamos, pues, unos felices días.

Pero, además, una felicitación expresa, igualmente, el deseo de que alguien sea venturoso. ¿Cuántas razones no habrá en la vida de cada uno de nosotros que nos ayudan a hacer el camino con cierta aventura y riesgo, y también con éxito?

Y ahora vamos a reflexionar unos momentos.

1. Misterio de la Encarnación de Dios

El Misterio de la Navidad o *Misterio de la Encarnación* de Dios, tiene algo que ver con el protagonismo de Dios y con nuestro protagonismo, al ser los dos gestores de nuestra propia vida. Seamos, pues, dichosos por ello y felicitémonos. Seamos dichosos cuando nuestra fe proclama que **'Dios viene a vivir nuestra vida para que nosotros vivamos la suya'**.

Queremos hablaros, amigos, con Misterio en esta 'felicitación'.

Y hablar con Misterio es hablar cautelosamente para sugerir sentido, un sentido que está oculto, porque no se manifiesta del todo, dejando algo para poder seguir explorando.

Se trata de sugerir un sentido a la Navidad.

Es el Misterio de la vida que hay en cada uno de nosotros y que queremos respetar; y por eso esta felicitación pretende ser cuidadosa, de tal forma que cada uno de vosotros encuentre su sentido.

Lo que estamos celebrando en la Navidad es una partícula de luz para nuestra razón, pero es una explosión de experiencia para nuestros afectos más íntimos, afectos que cada uno conoce mejor que nadie porque sólo a él le pertenecen. La Encarnación de Dios también nos enseña estas cosas: que en cada uno hay un Misterio, el Misterio de su vida. **Cada uno tiene que encontrar y dilucidar el sentido que se oculta en uno mismo.**

A lo largo de la historia hubo muchos intentos, en nuestra cultura, de expresar el Misterio de la Navidad -que no es otro que el Misterio del hombre-, o de prolongar la luz que la razón, siempre inquieta, quiere buscar. Pero, podríamos decir que prácticamente toda la reflexión cristiana sobre el Misterio de Dios hecho hombre parte de esta afirmación, tan tajante como breve, de San Juan: *'Y el Verbo se Carne'* (Jn 1, 14).

Sólo el haber podido escuchar estas palabras tan solemnes ya nos hace dichosos. Pero cuando, una vez escuchadas, entran de lleno en nuestra vida, el Misterio de Dios encarnado puede hacernos más felices, porque nos ofrece un sentido que explica nuestro propio Misterio. Cada uno de nosotros hemos sido constituidos en una realidad corporal, expresada en su carnalidad.

No se puede decir más en menos palabras. Y da un cierto pudor tener que explicitar su contenido, porque todo está ya dicho en *'Y el Verbo se hizo Carne'*.

La primera reflexión sobre esa sublime verdad la hicieron Pablo, los Evangelistas, los Apóstoles y sus discípulos, los Padres de la Iglesia, los concilios, e incluso los primeros herejes cuyos razonamientos urgieron a los teólogos a dar una respuesta. Y esa primera reflexión en torno al Misterio de Jesucristo fue fraguando en un desarrollo espiritual y cultural que tal vez no haya tenido parangón en la historia de la humanidad.

La reflexión que elaboró toda la tradición cristiana da testimonio de **hasta qué punto el Misterio de la Encarnación va a asediar la conciencia de todos aquellos que se esfuerzan por pensarlo.**

A lo largo de la historia ha habido verdaderos enfrentamientos, cuando se quiso comprender la afirmación de San Juan.

-No debemos olvidar los primeros enfrentamientos de los conversos judíos, cuando quisieron poner su inteligencia a disposición, al servicio, de aquello a lo que acababan de dar su fe.

-No debemos olvidar, tampoco, a los griegos, cuando se desesperaban por poder querer pensar lo que se decía en la paradójica afirmación de San

Juan. Digamos que unos quisieron razonar sobre lo que previamente habían creído, y otros quisieron creer sobre lo que previamente habían intentado razonar. Curiosamente ambos movimientos del pensamiento y de la fe se pueden dar también entre nosotros mismos, amigos, y sean bien venidos.

Y ¿cómo vamos a olvidar que San Juan, al decir "*Y el Verbo se hizo carne*", está utilizando el lenguaje de los griegos, pero está razonando a partir de la experiencia cristiana desde la cultura judía? Hermoso hallazgo: la compleja afirmación de San Juan ha puesto en relación tres culturas pujantes en su momento: la experiencia judía, cuando espera la venida de un salvador; la experiencia griega cuando en el Logos, en el Verbo, en la Palabra, quiere desplegar un arquetipo o un principio más allá del mundo sensible; y, finalmente, la experiencia cristiana, cuando ha querido conferir 'en la carne la salvación'.

Hablemos, pues, de la experiencia cristiana de la "*carnalidad*".

La experiencia cristiana de la carnalidad escandalizó a muchos y se ha hecho difícilmente comprensible para nuestros contemporáneos. Ya escandalizó a los oyentes de San Pablo, en el Areópago de Atenas, cuando, 'al oír hablar sobre la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: 'sobre esto ya te oiremos hablar en otra ocasión'; ahora no estamos preparados para escuchar tantas insensateces, podríamos añadir.

Estos griegos no lograron entender que para los judíos todo lo dependiente de la carne - la paternidad o la maternidad, por ejemplo-, representaba un cumplimiento, el de su más alto deseo.

A su vez, los judíos no comprendieron que, para la racionalidad griega, todo tiene un orden lógico que no entiende de esperanzas contingentes.

Y la posterior experiencia cristiana complicó aún más las cosas, y no fue entendida ni por judíos ni por griegos.

Efectivamente, la experiencia cristiana pronto comenzó a no ser comprendida por los propios judíos, para quienes era difícilmente asumible la idea de un Dios a lo humano. Un Dios encarnado y sufriente era la más absurda de las blasfemias. Así surgió el ya conocido debate entre Justino y el judío Trifón, pues éste no podía comprender cómo los cristianos ponían su esperanza en un hombre tan pobre y humilde cuyo destino estaría en la cruz.

Pero, a medida que el cristianismo se fue separando de la cultura hebraica y comenzó a desarrollar sus impulsos de universalidad tuvo que luchar contra la mentalidad griega al querer mostrar -desde la propia experiencia con Jesucristo- que la realidad de la encarnación es la condición necesaria para la identificación del hombre con Dios. Y esto ha llevado al convencimiento, frente a la racionalidad griega, de que la verdad del cristiano no pertenece al orden del pensamiento, aunque lo utilice.

El genio de los primeros pensadores cristianos fue el de captar la verdad del cristianismo en su afirmación más desconcertante, la de la Encarnación. La verdad de nuestra fe no se capta en una afirmación racional, en un cuerpo y en una carne.

Solamente si la afirmación de Juan significa la asunción de nuestra carne por Dios, esa afirmación contiene otra tesis clave: **una comprensión del hombre como carne**. La Palabra dice que él (Dios) se ha hecho carne, y que por medio de esta carne se ha hecho hombre. Pero entonces, podemos pensar que, a los ojos de la mentalidad griega, esa afirmación del hombre como carne es una verdadera aberración, ya que para ellos 'carne' es lo más próximo a la animalidad.

Pues bien, hete aquí que nosotros hoy celebramos la condición de vemos encarnados, y celebramos la fe en un Dios que ha querido participar de nuestra misma naturaleza y condición.

En ese supuesto, ¿cuáles son las consecuencias, los sentidos oscuros, que encierra tanto Misterio? Las consecuencias y sentidos son muchos. Presentarlos todos, desbordaría las pretensiones de esta felicitación-reflexión. Simplemente, y aterrizando, señalamos algunos:

- 1) Todos nosotros experimentamos en cada instante de la existencia, y de forma inmediata, nuestro propio cuerpo. Experimentamos las penalidades que nuestro cuerpo procura; pero también el placer que nuestro cuerpo impulsa a desarrollar. Después de tantos siglos en los que se ha definido una moral cristiana, esta no nos han enseñado a encajar el sufrimiento, a encauzar las penalidades de nuestro propio cuerpo, ni a disfrutar de las posibilidades placenteras que nuestro cuerpo nos proporciona. En ese caso, o renovamos nuestro mensaje navideño sobre la Encarnación de Dios, o nuestros contemporáneos se quedarán con lo anecdótico de la Navidad y se verán incapaces de profundizar, mejor dicho, de comprender el sentido oculto, y por tanto más profundo, de su mensaje. Cuando se intenta orientar a los jóvenes que acuden a conservar con nosotros, se descubre cuán importante es la verdad de la Navidad: tenemos un cuerpo y somos en un cuerpo. ¿Cómo vivir en el? Miremos al nacimiento. Quizás nos dé alguna Luz. **'La Palabra se hizo carne'**.
- 2) Un cuerpo que "se sabe carne", se distingue de otros cuerpos físicos, porque siente. Es capaz de percibir cada una de sus cualidades. Ya lo decía Heidegger: 'la mesa (un cuerpo físico) no 'toca' la pared contra la que se sitúa'. Nuestra cuerpo carnal ve los colores de las cosas, oye los sonidos, respira un olor, calibra con el pie la dureza del suelo, con la mano la suavidad de un tejido... ¡Grandes metáforas de la corporalidad! Cada uno que deduzca sus consecuencias. ¿Cómo es capaz cada uno de disfrutar la belleza de su propia vida, de discernir los sonidos y las voces que le llegan, de respirar oxigenadamente, de calibrar donde pisa, de 'tocar' las cosas, los problemas, las dificultades, con tacto?
- 3) Nuestro cuerpo es capaz de experimentar el mundo que le rodea porque es capaz de experimentarse a sí mismo. Se experimenta a sí mismo cuando logra calibrar el esfuerzo, cuando sabe disfruta del placer, cuando orienta la mirada para ver, el oído para oír, cuando es capaz de distinguir los olores, cuando selecciona los sonidos más armónicos, cuando desarrolla el tacto para las cosas y cuando sabe donde pisa. Esta es la carne: un cuerpo que se experimenta a sí mismo y al mismo tiempo siente lo que le rodea.
- 4) Y toda esta condición carnal es objeto de salvación.

Aquí está la grandeza de la Navidad. **"Y el verbo se hizo Carne".**

¿Qué más se puede decir?

Llegue esta felicitación a todos vosotros, amigos, porque, en vuestra condición carnal, estáis expresando el Misterio de Dios en vosotros.